

Biblioteca-Films

N.º 194 Ricardito sonámbulo 25
CTS.



GARMELITA
GEREGTHY

Ricardito
Talmadge

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:

VALENCIA, 284

Centro de Repartos de Publicaciones:

BARBARÁ, 9

AÑO IV

Teléfono núm. 958 G.

BARCELONA

Núm. 194

APARECE TODOS LOS MARTES

• REVISADO POR LA CENSURA PREVIA •

1925

THE MYSTERIOUS STRANGER

Ricardito sonámbulo

Adaptación literaria de la película del
mismo título interpretada por el gran

RICHARD TALMADGE

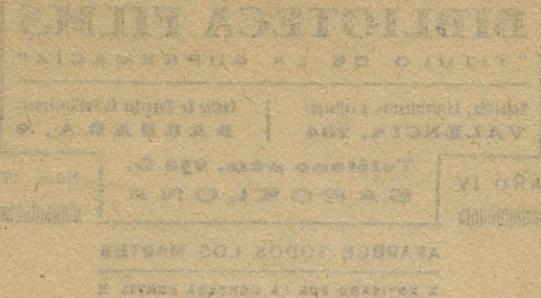
.....
Exclusivas L. GAUMONT

Paseo de Gracia, 66 - Barcelona

REPARTO

Ricardito Lesage Richard Talmadge
Elena Bennet Carmelita Gereghy

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



Ricardito por su cumpleaños

Registrada. Queda hecho
el depósito que marca la ley.

EDICIONES GRANADA

GRANADA, 5. GARNIER
Editorial de libros de todos

GRANADA

Editorial Ricardito
Editorial Granada

Editorial Ricardito
Editorial Granada

Imp. Comercial - Valencia, 284 - Teléfono 988 G. - Barcelona

RICARDITO

En las afueras de la ciudad, donde el aire
está perfumado por las aromas de los jardines,
alzaba sus muros la mansión confortable de
los Lesage. Su propietario, Raúl Lesage, era
un artista de los pinceles, famoso en todo el
mundo. Ahito de gloria y de dinero, fué a es-
conder su nombre en aquel rincón amable,
para gozar más a su sabor de los puros goces
de la familia, en unión de su esposa Herminia,
que supo alentar al artista en sus momentos
de decaimiento y ocultarse discretamente en
sus horas de triunfo.

PRIMERA PARTE

En realidad el verdadero dueño, el que man-
daba sobre la voluntad de todos era el peque-
ño Ricardito, que venía a ser como el rayo de
sol que iluminaba el hogar de los felices es-
posos, que veían santificada aquella unión por

el hijo que el Cielo supo concederles. Al hablar de él, el pintor decía orgullosamente que había sido su mejor obra.

Amparado por la capa de una fingida amistad, frecuentaba la casa de los Lesage un tal Germán Bennet; era éste un ser cuya vida se hallaba dominada por dos violentas pasiones: la envidia que le producía la gloria de Raúl y el amor que le inspiraba la belleza suave de Herminia.

El alma de artista de Raúl no podía permanecer inactiva, a pesar de la placidez del hogar y para satisfacer sus ansias había pintado el retrato de su esposa.

El día que quedó éste terminado, el pintor, queriendo dar una sorpresa a Herminia, le dijo a ésta, que se hallaba jugando con su hijo:

—¿Quieres hacerme el favor de ir a dar una vuelta por el jardín? Al regreso te preparo una sorpresa que ha de agradarte.

Obedeció Herminia el ruego de su esposo y al llegar al jardín se encontró con Bennet, que llegaba en aquel instante. Este, al verla sola, quiso aprovechar la ocasión para acercarse a ella y decirle:

—¡No puede usted figurarse la alegría que me produce el poder hablar con usted a solas unos instantes!

—¿Por qué? —preguntó Herminia, sin poder sospechar las intenciones del falso amigo,

que apoderándose de una de sus manos le contestó apasionadamente:

—Sí, Herminia, anhelaba este momento, porque no puedo seguir callando por más tiempo... ¡La amo a usted! ¡La amo a usted apasionadamente, con un amor que el silencio ha hecho más profundo!

Herminia, al oír aquella inesperada declaración, intentó separarse de quien de tal forma ultrajaba la amistad, diciéndole:

—¡Déjeme usted, Germán! ¡Para mí no habrá otro hombre en el mundo más que mi marido!... Ahora comprendo lo falsa que era su amistad y le suplico que busque un pretexto para no volver por nuestra casa.

Las palabras de la amante esposa excitaron aun más el deseo de Bennet y estrechándola entre sus brazos la besó apasionadamente, a pesar de la resistencia que ella oponía.

En aquel preciso momento se asomó Raúl y al encontrar a su esposa en los brazos de su amigo, una nube de celos ofuscó su cerebro y sin detenerse a pensar en su acción bajó al jardín, exclamando cuando estuvo al lado de su esposa:

—¡No sé cuál de los dos sois más miserables, si tú que manchas mi nombre honrado, o si tú, falso amigo, que cobijado en la amistad has destruído mi vida!

Y diciendo ésto levantó el bastón que llevaba en la mano y cruzó con él el rostro de Ben-

net, que se llevó las manos a la parte dolorida prorrumpiendo en un grito de dolor, mientras la esposa caía desmayada por la violencia de la escena.

Al sentirse Bennet tan tremenda agresión y no teniendo a mano ningún objeto para defenderse, dijo airado a Raúl:

—Estás en tu casa y no tengo medios de defensa, me has atropellado alevosamente, pero te juro que me la pagarás.

—Más me has atropellado tú y herido en lo más hondo de mi alma, no siendo bastante esta sangre que brota de tu rostro para lavar la afrenta que me has inferido. Antes de delinquir debías haber pensado a lo que te expónías.

Pero Bennet no oyó ya estas palabras, pues había salido furioso de aquella casa, blasfemando y jurando que se vengaría.

La única víctima de aquella escena desagradable e inocente era la infeliz Herminia, la cual, al volver en sí y anegada en llanto, exclama:

—Raúl, soy inocente, te lo juro por nuestro hijo.

Pero nadie le contestaba.

En vano buscó por todas las habitaciones de la casa, pero no halló ninguna voz amiga, pues su esposo y el hijo querido habían partido para siempre.



Ricardito, en un ataque de sonambulismo, huyó de su casa.

—¡Sola, sola, Dios mío, qué mal he hecho yo para pasar esta pena!

Y aquella pobre víctima inocente quedóse abandonada y sola en el mundo.

¿Era éste su destino?

¿No llegaría un día en que resplandecería la verdad, dando el castigo al culpable y recompensando la virtud de aquella buena esposa y madre?...

Han transcurrido veinte años y Raúl Lesage, creyendo culpable a su esposa, vive alejado del mundo una existencia de misántropo,

sin otra compañía que la de su hijo y la de algunos fieles servidores.

Ricardito, a su vez, ha crecido al lado de su padre, sin asomarse al mundo, sin salir jamás de aquella finca, que es jaula de oro para él.

En su cárcel dorada, su único amigo es Arnoldo, el viejo mayordomo, con quien pasa la mayor parte del día en empeñadas luchas de billar y ajedrez.

El día en que volvemos a encontrar a nuestros protagonistas se hallaba Raúl Lesage leyendo tranquilamente, cuando se le acercó su hijo diciéndole:

—Arnoldo me está esperando, papá. Me ha prometido para hoy una paliza en toda regla, y quiero ver si es capaz de cumplir su promesa.

Dejó el padre sin contestación la exclamación del joven y terminó de leer el párrafo del libro que decía: "... y el Príncipe, cansado de vivir encerrado en su palacio, se fugó un día aprovechando un descuido de sus guardias..."

Y Raúl Lesage, dejando por un momento la lectura, creyó ver en su hijo la imagen viviente de aquel lejano Príncipe de Abisinia...

Atrajo hacia él a Ricardito y visiblemente emocionado le dijo:

—Verdaderamente, hijo mío, te tengo aquí encerrado hace mucho tiempo, y temo que ha-

gas algún día lo mismo que el Príncipe de mi historia, pero ya te falta poco tiempo para salir de tu encierro. Decididamente conocerás el mundo el día que cumplas los veinticinco años, pero hasta entonces prométeme tener paciencia.

—Te prometo todo lo que quieras, papá. Para mí no hay más que tu voluntad—repuso el muchacho, acostumbrado a obedecer sin replicar las órdenes paternas.

GRAN ACONTECIMIENTO LITERARIO

La selectísima publicación de

**LAS GRANDES NOVELAS
DE LA PANTALLA**

ha publicado en su último número

¡Mi hijo antes que nadie!

PRECIO
1'50 ptas.

vigorosa concepción dramática
debida a la pluma del laureado
CHARLES MÉRÉ

SEGUNDA PARTE

Expiando una falta que no cometió, Herminia Lesage, en aquellos veinte años interminables, había sufrido miserias y humillaciones, acabando por vender a gentes extrañas el antiguo hogar... ¡Aquel hogar que tantos recuerdos guardaba para ella!

Con un deseo de venganza clavado en su cerebro, Germán Bennet había sido el comprador de la casa de los Lesage, para transformarla en una especie de pequeño museo donde vender viejas pinturas.

La añoranza de tiempos atrás y el deseo imperioso de revivir, aunque sólo fuera por unos segundos, los recuerdos de otros días felices, llevaron a Herminia Lesage a su antiguo hogar.

Su presencia fué advertida por Bennet, que al contemplar el triste estado en que se halla-

ba la inocente mujer se acercó a ella exclamando, al comprender el gesto que hizo de repulsión:

—Ha venido usted a hacer una visita a su antiguo hogar, ¿no es así? Quizá no le sea agradable mi presencia, pero no debemos olvidar que somos viejos amigos.

—¡Amigos nunca!—protestó ella indignada—. ¡Usted me ha herido en lo más hondo del corazón!

—Sus heridas, Herminia, son del corazón y el tiempo las cicatriza—respondió Bennet—. La mía no se borrará nunca—y señaló la medalla que Lesage le cruzó con el bastón.

Luego, procurando suavizar su tono, volvió a decirle:

—Herminia, mi sobrina Elena acaba de salir del colegio y vivirá en esta casa... ¿Por qué no acepta usted quedarse a su lado? Puede usted ser una madre para ella.

Comprendía Herminia la triste soledad en que vivía, la falta de un apoyo en que descansar los jirones de su vida y dudó unos instantes, pero antes que pudiera contestar, Germán insistió de nuevo diciéndole:

—No, no se decida en seguida. Puede usted pensarlo y darme la contestación dentro de dos o tres días...

Y Herminia Lesage, vencida por la triste realidad de la vida, se vió obligada a aceptar el

puesto que le ofrecía aquel hombre, causante de toda su desgracia.

Ricardito, mientras tanto, seguía viviendo sin saber lo que era una mujer, adorando solamente el retrato de su madre, que había hecho de memoria y guiándose por recuerdos vagos de su infancia, y sin saber quién era aquella mujer con quien tan frecuentemente soñaba.

Contemplando en más de una ocasión aquel retrato, obra tan sólo de su imaginación, le había preguntado al viejo mayordomo:

—Dime, Arnaldo, ¿las mujeres que hay por el mundo son parecidas a ésta?

—¡La mujer!—contestaba melancólicamente el criado, pensando en el fracaso de su señor.— ¡Huye de ella siempre, Ricardito! ¡Es la encarnación del diablo!

Y con esta idea de la compañera del hombre vivía, a pesar de sus veintitrés años, el joven Ricardito.

Los días iban transcurriendo con esa monotonía de una vida completamente normal, sin que ningún incidente imprevisto viniera a alterar la tranquilidad que parecía reinar en el hogar de Raúl Lesage y en el de Germán Bennet.

Este último, en la intimidad, tenía dos cómplices, acostumbrados a secundarle en toda clase de negocios poco limpios: su ayuda de cá-

mara y su chofer, a quien le dijo una noche que los amigos de Elena vinieron para invitarla a cenar en un cabaret de moda:

—Tú llevarás esta noche en el auto a Elena y a sus amigos. Cuida de que nada les suceda.

¡No haga Ud. el ridículo en el baile!

Si desea seguir la moda y hacerse interesante en la sociedad, aprenda el

CHARLESTON

MÉTODO PRÁCTICO Y SENCILLO

PRECIO
25 cts.

SEGUNDA EDICIÓN

Pedidos a BIBLIOTECA FILMS
APARTADO 707 BARCELONA

TERCERA PARTE

Aquella misma noche, Ricardito, en un ataque de sonambulismo, huyó de su casa y fué encontrado en la carretera por Elena y sus amigos cuando se dirigían a cenar.

Uno de ellos, al advertir el estado en que se hallaba el muchacho, llamó la atención de sus compañeros diciéndoles:

—¡Es un sonámbulo! ¡Vamos a llevarlo al Palais Royal y causaremos sensación!

La proposición fué acogida con unánime regocijo y poco después Ricardito, en completa inconsciencia, se encontraba en el Palais Royal. Era éste un lugar donde se rendía culto al placer y a las bebidas alcohólicas, por lo que se veía visitado a menudo por la policía.

La entrada de Ricardito al cabaret fué verdaderamente triunfal, y los concurrentes, al

ver al joven en pijama, le hicieron corro y no faltó quien propuso:

—¡Vamos a cantarle una canción de cuna al nene!

Rodearon a Ricardito, el cual continuaba en estado de sonambulismo, a pesar de la gran algarabía que reinaba en el Palais Royal, de las innumerables parejas que bailaban el charlestón y de la barauda de la orquestina.

A Elena le daba lástima el estado de aquel joven tan simpático, por el cual sentía un principio de inclinación.

Alfredo y Ernesto, los dos más alborotadores de la reunión, fueron los que llevaron la parte cantante de la pesada broma que le estaban jugando al pobre Ricardito.

El uno le tiraba de las puntas del pijama, otro le colocaba un sombrero de papel. En fin, Ricardito sirvió de juguete durante un buen rato a aquellos niños bien, pero que de haber estado despierto nuestro héroe y simpátísimo Ricardito, se hubieran guardado muy mucho de seguir tan arriesgada juerga, pues con sus buenos puños los hubiera puesto a raya a todos.

A los gritos de los concurrentes despertó el muchacho de su sueño y lo primero que vió ante sus ojos fué el rostro angelical de Elena, que lo miraba entre burlona y compasiva.

Mientras tanto, la policía se preparaba afuera para efectuar un registro en el interior del

establecimiento, y Ricardito, gracias a su agilidad, consiguió huir y poner a salvo a Elena, que subió a su automóvil y se dirigió inmediatamente hacia su casa.

Incapaz de encontrar su casa en aquella su primera salida al mundo, Ricardito había hallado cordial hospitalidad en casa de un amigo desconocido, quien al ver la agilidad con que dibujaba el muchacho le dijo:

—¡Es usted muy hábil! ¡Yo tengo un amigo que pagaría bien su talento!

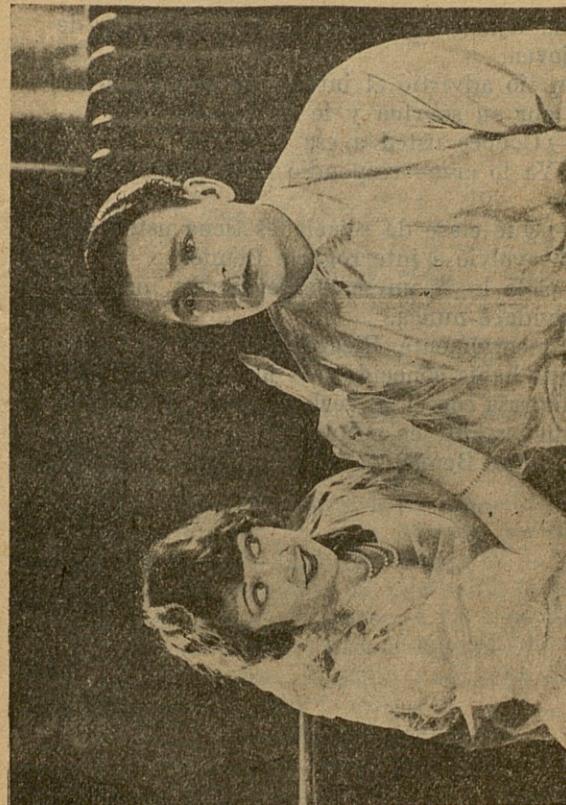
—Bien. Pero lo primero para mí es encontrar la casa de mi padre—repuso Ricardito.

—No se preocupe, que tiempo habrá para todo—volvió a decirle el desconocido—. Venga conmigo a ver al señor Bennet, que negocia en cuadros. Después yo mismo le ayudaré a buscar a su padre.

Conducido por aquel amigo providencial, nuestro joven se presentó en la casa de Germán Bennet y su acompañante lo presentó al vendedor de cuadros, diciéndole:

—Este joven dibuja muy bien. Tengo la seguridad de que encontrará usted su trabajo interesante.

Bennet ordenó al muchacho que dibujara algo para poder apreciar sus aptitudes y cuando Ricardito obedecía la orden, por uno de los balcones que daban al jardín vió a Elena, acompañada de Herminia y se la quedó mi-



Mentalmente, Ricardito recordó la forma en que había conocido a la joven.

rando fijamente, fascinado por la belleza de la joven.

Su tío advirtió el interés de aquel muchacho por su sobrina y le preguntó:

—¿Conoce usted a esa señorita?

—Ya lo creo—respondió inmediatamente el joven.

—¿Qué clase de relaciones tiene usted con ella?—volvió a interrogarle Bennet.

—Sólo la vi un momento anoche, pero no la olvidaré nunca.

Y mentalmente, Ricardito recordó la forma en que había conocido a la joven, cuando ésta se distraía con él, al verlo dormido, y no dudó ya un instante en aceptar las condiciones que le propuso Bennet para que se quedara con él.

CUARTA PARTE

En aquella casa que creía pisar por vez primera, los muebles, las paredes, todo le era familiar; hablaban a su corazón y a su memoria los vagos recuerdos de la infancia.

Como si toda su vida hubiera vivido en aquella casa, recorría los salones de la vasta mansión sin necesidad de que nadie le guiase y en una de las habitaciones halló a su madre, ante cuya aparición quedó sorprendido.

La pobre mujer, al notar la sorpresa del joven, se acercó a él y le preguntó:

—¿Se ha asustado usted al verme?

—No ha sido eso, señora—respondió Ricardito, sin apartar la mirada del rostro de su madre—; es que me recuerda usted a la mujer de mis sueños.

—¿Yo?—contestó Herminia algo intrigada—. ¿Cómo se llama usted?

—Me llamo Ricardo Lesage. En adelante creo que trabajaré aquí.

La infeliz madre tuvo que llevarse las manos al pecho para contener los acelerados latidos de su corazón, y cuando pudo serenarse le dijo:

—¡Oh!, entonces ya nos veremos más veces.

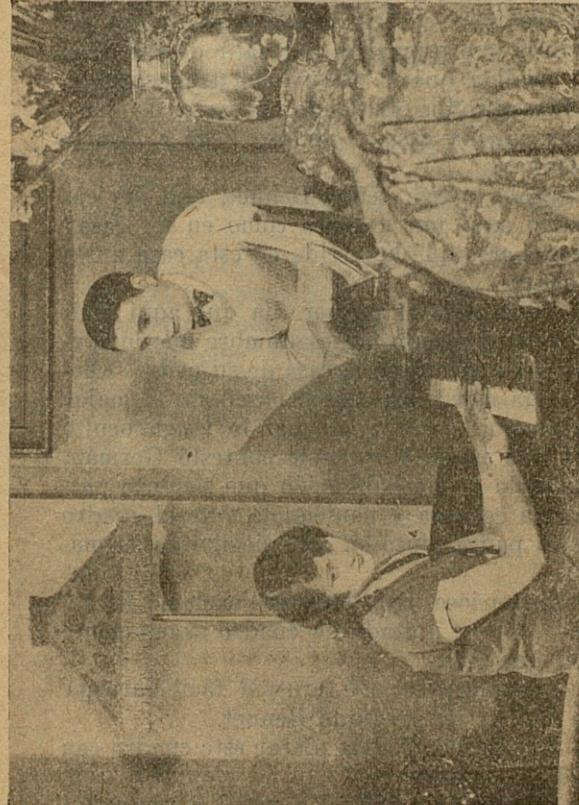
Pasaban los días y Ricardito, las horas que le dejaban libre sus ocupaciones, procuraba pasárlas al lado de Elena. La joven, por su parte, no encontraba desagradable aquella compañía y muchas tardes, en vez de salir a pasear, según era su costumbre, se sentaba frente al piano y los muchachos sin darse cuenta ellos mismos, continuaban el idilio amoroso tan originalmente empezado.

Mientras tanto, horas de ansiedad transcurrían en el hogar del viejo pintor, que había ordenado a sus sirvientes salieran en busca del joven. Después de varios días de inútil busca, volvieron a la casa de su señor, y éste, al ver entrar a Arnoldo, le preguntó:

—No habéis podido averiguar nada?

—Nada, señor—respondió el criado—. Hemos buscado por todas partes... he dado conocimiento a la policía, pero todo ha sido inútil. Ricardito no aparece por parte alguna.

El pobre padre ante la respuesta negativa de su fiel mayordomo ocultó la cabeza entre las manos para que aquél no viese su abati-



Los muchachos, sin darse cuenta, continuaron el amoroso idilio.

miento, mientras que el buen Arnoldo salía de la estancia conteniendo a duras penas las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos.

A medida que el tiempo iba transcurriendo, Ricardito iba olvidando sus deseos de abandonar aquella casa, e incluso llegó a decirle a Bennet:

—¿Sabe usted, señor Bennet, que me encuentro aquí tan a gusto como en mi casa? A veces creo que he vivido en esta casa antes de ahora.

—Ya le dije el primer día que aquí olvidaría usted pronto la pesadumbre que le causaba el no encontrar la casa de su padre. Ahora venga usted que quiero enseñarle el mejor cuadro que poseo y el cual lo tengo oculto para que nadie lo vea—le contestó Germán, llevándolo a una habitación que siempre permanecía cerrada y poniéndolo ante el cuadro que su padre pintó en otro tiempo de su madre.

—Es curioso, muy curioso—exclamó Ricardito—. Yo he pintado un cuadro exactamente igual que éste.

—¿Entonces le será a usted fácil hacerme una copia?—le preguntó Bennet.

—Facilísimo. Podría pintar este cuadro con los ojos cerrados.

—¿Y quién le enseñó a usted a pintar?—le interrogó nuevamente Germán.

—Nadie. No he tenido más maestro que mi

padre. Le veía a él pintar y de eso nació en mí la afición a la pintura.

—¿Dice usted que su padre ha sido su único maestro?

—El único que he tenido, aunque él jamás se ha entretenido en darme lecciones. Todo lo que sé lo he aprendido a fuerza de copiar sus obras. Usted debe conocerlo. Se llama Raúl Lesage.

Germán Bennet, al oír pronunciar el nombre del hombre odiado, no pudo reprimir un movimiento involuntario, pero consiguió serenarse y contestó tranquilamente:

—Sí, he oído hablar de él muy a menudo. En otro tiempo fué un gran pintor.

QUINTA PARTE

Después de veinte años de pensar en su venganza, Germán Bennet, al ver llegado el momento de realizarla perdía su serenidad y buscó ayuda en sus cómplices, a quienes les informó de sus planes diciéndoles:

—El eachorro ha caído en mis manos. Ese muchacho que desde hace días trabaja aquí es el hijo de Raúl Lesage. En esta ocasión mi venganza será mucho mayor que la ofensa.

—¡Poco a poco! —exclamó uno de sus compinches—. No conviene perder la serenidad. Acuérdate que tenemos entre manos otro negocio mucho más interesante que una venganza.

—No tengáis cuidado, que todo se hará como he previsto. Por lo pronto, en vista del afecto que mi sobrina ha tomado al muchacho, lo primero que he hecho ha sido enviar afuera a

Elena, hasta que haya hecho a ese joven una herida más profunda que la mía. Después os lo lleváis afuera, lo más lejos posible.

—Está bien —contestó el chofer—. Se hará como lo ordenas.

Sin pérdida de tiempo buscaron a Ricardito y lo encontraron hablando con su madre, que le decía, señalando el cuadro pintado por Raúl:

—Ese cuadro lo pintó mi marido hace muchos años.

—Yo he pintado uno igual a ese —respondió el muchacho.

Iba Herminia, en un arranque de amor materno, a confesarle su verdadera personalidad, pero al ver entrar a Germán se abstuvo de hacerlo y se despidió, diciéndole, en forma que solamente él pudiera oírla:

—Dentro de un rato nos veremos en el jardín. Tengo algo muy importante que decirle.

Germán Bennet esperó a que saliera Herminia, para acercarse a Ricardito y decirle:

—Necesito hablar con usted privadamente.

—Cuando usted guste, señor Bennet —respondió el joven. Y ante la excitación del vendedor de cuadros continuó diciéndole: —Se

trata de algo grave? Parece usted así... un poco turbado.

Bennet, sin contestar a la pregunta, lo condujo a otra habitación, y así que estuvieron solos le dijo:

—Durante años y años he buscado a través del mundo al hombre que me hizo esto—y le señaló la cicatriz que llevaba en la cara producida por Raúl.

—¿Y nunca encontró usted a ese hombre?—preguntó ingenuamente Ricardito.

—Nunca. Cuando creí perdidas para siempre mis esperanzas de venganza, un hecho casual ha venido a ponerme en mis manos el instrumento para vengarme de él. Acabo de hallar a su hijo.

—Pero su hijo es inocente, ¿no es eso?

—¡Inocente! Es el hijo del hombre que me marcó para toda la vida, del hombre a quien odio con toda mi alma. El pagará la culpa de su padre.

—Pero eso sería injusto—exclamó Ricardito, no comprendiendo la lógica de aquel hombre que pretendía sacrificar en aras de su venganza a un inocente.

—¿No comprendes todavía quién puede ser ese hijo?—exclamó decidido a terminar de una vez Germán—. Pues ese eres tú. Estás en mis manos, y no te escaparás de ellas, lo mismo que tu madre.

—¿Usted conoce a mi madre? Dígame inme-



Como por arte de magia aparecieron los cómplices de Germán.

diatamente quién es? ¿Dónde está? ¡Quiero verla!—exigió imperiosamente el joven.

—Tu madre es la señora de compañía de la mujer a quien amas, pero no la volverás a ver más, porque esta noche será quizás la última de tu vida—repuso Bennet, recreándose en el efecto que producían sus palabras en el ánimo del atribulado muchacho, quien de un salto asombroso ganó la ventana y cayó al jardín.

Como por arte de magia aparecieron los

cómplices de Germán y salieron en persecución del fugitivo, que saltaba de un lado a otro con la agilidad de un gamo ante la sorpresa de sus perseguidores, que no podían menos que admirar la destreza del muchacho, que jugaba con ellos como si fueran chiquillos.

Desde el primer momento Ricardito podía haber llegado a la calle, pero no era esto lo que él pretendía. Quería librar a toda costa a su madre de las garras de aquel hombre y sus saltos y carreras no tenían otro objeto que el buscarla.

Elena, a pesar de la orden de su tío, había fingido el viaje, presintiendo que algo extraordinario iba a ocurrir aquella noche, y estaba al lado de Herminia, a quien quería como una madre y era correspondida con el mismo afecto, cuando llegó Ricardito gritando:

—¡Esos bandidos quieren cogerme para hacerme pasar un mal rato! ¡Salgan a la puerta, que hay un auto preparado, que en seguida estaré yo al lado de ustedes!

Obedecieron las mujeres el mandato y al poco tiempo llegó Ricardito, emprendiendo los tres una precipitada fuga, perseguidos de Bennett y sus hombres.

La oscuridad de la noche hacía casi imposible el mantener aquella velocidad durante mucho tiempo, sin correr el peligro de estrellarse en una de las muchas curvas de la ca-



—¡Madrecita mía!

rretera. Pero Ricardito era un experto conductor y sin aflojar un momento la marcha, intentó ponerse fuera del alcance de sus perseguidores.

Estos por su parte tampoco aminoraban la velocidad, pero con peor suerte que los otros, puesto que al hacer un viraje el coche que ocupaban se despeñó por un barranco, pagando con sus vidas los muchos delitos que habían cometido.

Sin rumbo, fiado tan sólo en la Providencia, Ricardito continuó por la carretera has-

ta que la casualidad vino a llevarlo precisamente a la finca de su padre.

Al reconocerla un grito de alegría se escapó de su pecho y exclamó:

—Esta es la casa de mi padre. Ya podemos considerarnos seguros.

Entró dentro y sus gritos despertaron a todos los sirvientes, que al verle fueron a comunicar la feliz nueva a su señor, a quien Ricardito le dijo abrazándole:

—No sabes, papá, lo que me he acordado de ti.

Y al ver cómo miraba a las dos mujeres, se las presentó diciéndole:

—Papá, te presento a Elena... la elegida de mi corazón. Supongo que la otra que me acompaña la conocerás mejor que yo.

Efectivamente, Raúl reconoció en seguida a su esposa y ofreciéndole sus brazos la estrechó conmovido.

EPÍLOGO

Horas después todo era alegría en aquel hogar, en el que durante tantos años el velo de la desgracia había nublado la felicidad a que se hacían acreedores sus moradores, y Ricardito abrazado a su madre se sentía niño y la acariciaba diciéndole:

—¡Madre, madrecita mía! ¡Tú eres la mujer de mis sueños!

FIN

PRÓXIMO MARTES

La más reciente creación del formidable atleta campeón del mundo

Frank Merrill

en la interesante novela

El Repórter de Hollywood

— Postal: VERA REYNOLDS —

Enseguida vuestro favorito: **Tom Mix**

¡¡ACONTECIMIENTO SENSACIONAL!!

LEA USTED
en la sugestiva publicación

FILMS DE AMOR

la adaptación cinematográfica de la
gran novela del mismo título, primer
gran éxito de la temporada 1927-28

Los Cadetes del Czar

Vigoroso drama de gran interés
por los célebres y mimados artistas

Irene Rich - Conway Tearle

Jane Winton - Stuart Holmes

John Miljan — Postal: _____

DOROTHY SEBASTIÁN

50 céntimos

SIEMPRE LOS PRIMEROS ÉXITOS EN

Biblioteca Films y Films de Amor

PIDA EL NUEVO CÁTALOGO

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

E

754

NUEVOS Y GRANDES ÉXITOS DE
BIBLIOTECA FILMS
APARTADO 707 BARCELONA

Volumenes a 25 cts.

Ricardito detective

Interesante novela por el gran
RICARDO TALMADGE

Miami - Miami - Miami

Soberbio argumento por la star
BETTY COMPSION

Fred, el tirador

Intrigantísima producción por
FRED THOMSON

El pilluelo de Montmartre

por los dos pequeños artistas
J. Langlais y R. Guichard

El Aguila Negra

Gran creación del malogrado
RODOLFO VALENTINO

¡De hombre a hombre!

Novela del Oeste por el genial
Harry Carey, CAYENA

El Pirata Negro

La mejor obra del popular actor